

Cristología y Evolución (Extracto)

Pierre Teilhard de Chardin, s.j.

Navidad de 1933

III. Evangelismo¹

“Se nos ha hablado demasiado de corderos. Me gustaría ver salir un poco a los leones”. Demasiada dulzura y poca fuerza. Así resumiría yo simbólicamente mis impresiones y mis tesis, al abordar la cuestión del reajuste de la doctrina evangélica al Mundo moderno.

Esta cuestión es vital. La mayoría de nuestros contemporáneos no presta mucha atención al sentido que haya que atribuir a los misterios de la encarnación y de la redención. Pero todos reaccionan con viveza a las armonías o disonancias interiores que dichos misterios les provocan en el terreno de la moral y de la mística. Nosotros los cristianos solemos complacernos en pensar que si hay tantos gentiles que permanecen alejados de la fe, es porque el ideal que les predicamos les resulta demasiado perfecto y difícil. Pero es una ilusión. La nobleza de una dificultad ha fascinado siempre a las almas. La verdad sobre el Evangelio en la actualidad es que ya no atrae, o casi ya no atrae, porque se ha vuelto *incomprensible*. En un Mundo que se ha modificado terriblemente, se nos repiten las mismas palabras que encontraron nuestros padres. A priori, podría ya jurarse que estas expresiones antiguas no pueden seguirnos satisfaciendo. De hecho, los mejores de entre los increyentes que conozco pensarían que habían decaído en su ideal moral si hiciesen el ademán de convertirse. Ellos mismos me lo han dicho.

También aquí conviene, para seguir siendo fieles al Evangelio, poner de acuerdo su código espiritual con la figura nueva del Universo. El Universo ha adquirido, ante nuestra experiencia, una dimensión más. Ha dejado de ser el jardín plantado del todo del que nos exilia, por un tiempo, una fantasía del Creador. Y se ha convertido en la gran tarea a medio realizar que hay que salvar para salvarnos. Nos hemos encontrado con que somos los elementos atómicamente responsables de una cosmogénesis. ¿En qué se convierten, transportadas a este nuevo espacio, las directrices morales cristianas? ¿Qué figura tendrán que adoptar para seguir siendo ellas mismas?

Podemos responder, de una vez por todas: “Convirtiéndose, por Dios, en los soportes de la evolución”. Hasta ahora al cristiano se le educaba en la impresión de que para alcanzar a Dios tenía que dejarlo todo. Ahora descubre que no puede salvarse más que a través y en prolongación del Universo. El evangelismo, en un momento dado, ha *podido* resumirse en la

¹Extracto de “Lo que yo creo”, Pierre Teilhard de Chardin. Editorial Trotta, 2005.

fórmula de la epístola [de Santiago]: “Religio munda haec est: visitare pupillos et viudas, et immaculatum se custodire ab hoc saeculo”². Esta época ha pasado definitivamente. O, mejor aún, las palabras de Santiago hay que interpretarlas con las profundidades morales que les proporcionan ante nosotros nuevos horizontes.

Adorar, en otro tiempo, quería decir preferir Dios a las cosas, refiriéndolas y sacrificándolas a él. Adorar, ahora, se convierte en consagrarse en cuerpo y alma al acto creador, asociándose a él para concluir el Mundo mediante el esfuerzo y la búsqueda.

Amar al prójimo, en otro tiempo, quería decir no hacerle daño y curar sus heridas. La caridad, de ahora en adelante, sin dejar de ser compasiva, habrá de consumarse en la vida entregada para el avance común.

Ser puro, en otro tiempo, significaba principalmente abstenerse, guardarse de toda mancha. La castidad, mañana, se llamará sobre todo sublimación de las potencias de la carne y de toda pasión.

Ser desprendido, en otro tiempo, quería decir no interesarse por las cosas, dejarse prender por ellas lo menos posible. Ser desprendido, equivaldrá, cada vez más, a superar sucesivamente todas las verdades y todas las bellezas en virtud justamente del amor que se pone en ellas.

Resignarse, en otro tiempo, podía significar aceptación pasiva de las condiciones presentes del Universo. La resignación, en adelante, ya no será lícita más que al luchador que desfallezca entre los brazos del ángel.

Parecía, en otro tiempo, no haber más que dos actitudes geoméricamente posibles para el hombre: amar el Cielo o amar la Tierra. Ahora, en cambio, en el nuevo espacio, se nos descubre una tercera vía: ir al Cielo a través de la Tierra. Hay una comunión (la verdadera) con Dios mediante el Mundo. Y entregarse a ella no es repetir el ademán imposible de servir a dos señores.

Un cristianismo semejante sigue siendo, realmente, el verdadero evangelismo, puesto que presenta la misma fuerza aplicada a levantar la Humanidad por encima de lo tangible en un amor común.

Pero, al mismo tiempo, este evangelismo no huele en absoluto al opio que se nos reprocha tan amargamente (y con un cierto derecho) que ofrecemos a las multitudes.

Tampoco se trata, simplemente, del aceite calmante derramado sobre las heridas y en los engranajes dolientes de la Humanidad.

Se presenta efectivamente como el animador de la acción humana, a la que aporta el ideal preciso de una figura divina, entrevista históricamente, en la que se concentran y se salvan las preciosas esencias del Universo.

Responde exactamente a las dudas y a las aspiraciones de una época despertada bruscamente a la conciencia de su porvenir.

Él, Él solamente, en la medida en que podamos juzgar, se nos revela como capaz de justificar y de mantener en el Mundo el gusto fundamental de la vida.

Él es la misma religión de la evolución.

²“La religión pura es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas, y guardarse de toda mancha que provenga de este mundo”. Teilhard ha abreviado el texto de la carta de Santiago (1,27).